

LOS MOTIVOS DEL CHISTE.

EL CHISTE COMO FENÓMENO SOCIAL

En la conferencia anterior vimos que un motivo suficiente para la elaboración del chiste era la intención de conseguir placer. Hoy vamos a incluir en nuestra investigación el problema de su condicionalidad subjetiva.

La elaboración del chiste es un excelente medio de extraer placer de los procesos psíquicos; pero no todos nos hallamos igualmente capacitados para servirnos de él. Contados son las personas a las que caracterizamos diciendo que tienen “chispa”, “gracia”.

Debemos, pues, suponer en los sujetos chistosos, especiales disposiciones o condiciones psíquicas que favorecen la elaboración del chiste.

Sin embargo, sólo en contadas ocasiones se consigue ir desde la comprensión de un chiste hasta el reconocimiento de las condiciones subjetivas de su autor (chiste-ingenuidad). Sólo una casualidad ha permitido que el ejemplo de “famillionario” permita acceder a las condiciones subjetivas de Heine, su autor.

“Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, es decir, muy *famillionarmente* (familionär).” (*Reisebilder*, “Los baños de Lucas”)

Esta frase la pone Heine en boca de un personaje cómico, por el que el poeta muestra especial predilección, pues le hace llevar la voz cantante en el relato. En más de una ocasión nos muestra que no es más que una máscara, detrás de la cual es el poeta mismo el que habla.

No es, sin embargo, nada sencillo precisar la naturaleza de tales condiciones subjetivas, ni suponer *a priori* a cada chiste producto de tan complicada génesis.

Un caso más transparente lo constituyen los chistes judíos, debidos a los propios judíos. En ellos parece cumplirse, como en el chiste de Heine, la condición de que la propia persona participa en el contenido del chiste; condición cuya importancia estriba en el hecho de dificultar al sujeto la crítica o agresión directa, obligándole a dar un rodeo.

Otras condiciones que favorecen la elaboración del chiste se muestran más claramente. Por ejemplo, el móvil de la producción de chistes inocentes es con gran frecuencia el vanidoso impulso de mostrar nuestro propio ingenio dándonos en espectáculo; esto es, un instinto equivalente a la exhibición en el terreno sexual. La existencia de numerosos instintos retenidos, cuya cohibición presenta cierto grado de inestabilidad, producirá la disposición favorable a la producción del chiste tendencioso. Componentes aislados de la constitución sexual de un individuo pueden de este modo actuar como motivos de la formación de chistes.

Toda una serie de chistes obscenos permite deducir en sus autores una oculta tendencia a la exhibición. Los chistes tendenciosos agresivos resultan especialmente fáciles para aquellos sujetos en cuya sexualidad puede demostrarse la existencia de poderosos componentes sádicos, más o menos cohibidos.

La otra circunstancia que nos lleva a investigar la condicionalidad subjetiva del chiste es el hecho de que nadie se contenta con hacer un chiste únicamente para sí. A la elaboración del chiste se halla ligado el impulso a comunicarlo, y este impulso es tan poderoso, que se impone aún en contra de importantes consideraciones. También la comunicación de lo cómico proporciona placer, pero el impulso que a ello nos lleva no es ya tan imperativo: lo cómico puede ser gozado aisladamente allí donde surge ante nosotros. En cambio, nos vemos obligados a comunicar el chiste. El proceso psíquico de

la formación del chiste no parece terminar con el acto de ocurrírseles; queda aún algo, que tiende a cerrar, con la comunicación de la ocurrencia, el desconocido mecanismo de la producción.

Esta es una nueva peculiaridad que diferencia el chiste de lo cómico. Cuando lo cómico surge ante nosotros, lo primero que hacemos es reír de ello, sin ocuparnos de hacer a nadie partícipe de nuestra risa. Sólo después de haber reído a gusto, es cuando quizá encontremos un nuevo placer en comunicar lo que nos ha divertido.

En cambio, no reímos jamás de los chistes que hacemos. Es posible que nuestra necesidad de comunicar el chiste se halle relacionada de algún modo con tal efecto hilarante, que nos es negado como autores, pero que se manifiesta con todo su poder en las personas a las que comunicamos nuestra ocurrencia.

¿Por qué no reímos de nuestros propios chistes? ¿Y qué papel desempeña el oyente?

Examinamos en primer lugar esta última interrogación.

En lo cómico toman parte dos personas: a más de nuestro propio *yo*, aquella otra en la que hallamos la comicidad. Cuando encontramos cómico un objeto es gracias a una especie de personificación, habitual en nuestra vida ideológica. Estas dos personas, el *yo* y la persona-objeto, son suficientes para el proceso cómico. Puede agregarse una tercera persona, pero no es obligatorio.

Cuando el chiste no es aún sino un juego con las palabras o ideas, prescinde todavía de una persona-objeto, pero ya en el grado preliminar de la chanza, cuando ha logrado proteger el juego y el desatino de la censura de la razón, requiere una persona a la que poder comunicar su resultado. Pero esta persona no corresponde a la persona-objeto de la comicidad, sino a aquella tercera persona a la que se comunica el hallazgo cómico. En la chanza parece someterse al oyente la decisión de si la elaboración del chiste ha

cumplido o no su cometido, como si el yo no confiase en la seguridad de su propio juicio. Cuando el chiste se pone al servicio de tendencias desnudadoras u hostiles, podemos describirlo como un proceso psíquico entre tres personas, las mismas que participan en la comicidad, pero el papel desempeñado por la tercera es muy distinto: el proceso psíquico se cumple entre la primera, o sea el yo, y la tercera, o sea el oyente, y no como en la comicidad entre el yo y la persona-objeto.

En la tercera persona del chiste se tropieza con condiciones subjetivas que pueden impedir alcanzar su fin de conseguir placer. Como advierte Shakespeare: “El éxito de un chiste depende de quien lo oye, no de quien lo dice.”

Para poder constituir la tercera persona del chiste tiene el sujeto que hallarse de buen humor o, por lo menos, ser indiferente. Idéntico obstáculo encuentra el chiste inocente y el tendencioso, agregándose en este último un nuevo peligro: la oposición a la tendencia que el mismo intenta favorecer. La disposición a reír de un chiste obsceno no podrá constituirse cuando se refiera a una persona estimada por el oyente o ligada a él por lazos de la familia. Cierta grado de complicidad o indiferencia, y la falta de todos aquellos factores que pudieran hacer surgir poderosos sentimientos contrarios a la tendencia, son condiciones para que la tercera persona pueda contribuir a la perfección del chiste.

Allí donde no aparecen obstáculos, oponiéndose al efecto del chiste, surge el efecto del placer del chiste, mostrándose con más claridad en la tercera persona que en su propio autor.

El oyente testimonia su placer con grandes risas después que la primera persona ha relatado, generalmente, con grave gesto, el chiste, y que al contar de nuevo un chiste que hemos oído, nos vemos obligados, para estropear su efecto, a conducirnos en su relato, en la misma forma que el autor se condujo al comunicárselo.

Según Spencer, la risa es un fenómeno de la descarga de excitación anímica, y constituye una prueba de que el empleo psíquico de tal excitación ha tropezado bruscamente con un obstáculo. La situación psicológica que se resuelve en la risa es descrita así: “La risa se produce naturalmente sólo cuando la conciencia es desprevenidamente transferida desde una cosa importante a una sin importancia –en un descenso incongruente.”

(El gesto que caracteriza la sonrisa... aparece, por primera vez, en el niño de pecho, cuando satisfecho, abandona el seno materno y se queda dormido. La sonrisa es un movimiento expresivo que corresponde a la decisión de no comer más y representa un “ya basta” o un “sobra”. Este primitivo sentido de la sonrisa proporciona quizá a la misma su posterior conexión con los placientes procesos de descarga)

Para Freud la risa surge cuando cierta magnitud de energía psíquica, dedicada al revestimiento de determinados caminos psíquicos, llega a hacerse inutilizable y puede, por tanto, experimentar una libre descarga.

Los conceptos de “energía psíquica” y “descarga” y el manejo de la energía psíquica como una cantidad son familiares al pensamiento psicoanalítico desde que se ocupa de los sueños y de la psicopatología. En “La interpretación de los sueños” Freud establece los procesos psíquicos inconscientes como lo “psíquicamente eficiente”.

Su experiencia sobre la capacidad de desplazamiento de la energía psíquica a lo largo de determinadas asociaciones, y sobre la casi indeleble conservación de las huellas de los procesos psíquicos, lleva a Freud a representar de esta forma el mecanismo del chiste.

En la risa se dan las condiciones para que una suma de energía psíquica, utilizada hasta entonces como carga o revestimiento, sucumba a una libre descarga, y dado que la risa producida por el chiste, es un signo de placer, referimos tal placer a la remoción de la

carga. Cuando vemos que el oyente ríe y, en cambio, el autor del chiste no, tenemos que pensar que en el primero es removido un gasto de revestimiento, mientras que en la elaboración del chiste surgen obstáculos, que se oponen a la remoción o descarga.

Se puede caracterizar con gran precisión el proceso que se verifica en el oyente, haciendo resaltar el hecho de que él mismo se proporciona, con escasísimo gasto por su parte, el placer del chiste. Se diría que tal placer le resulta regalado. Las palabras del chiste hacen surgir en su espíritu aquella representación o asociación de ideas cuya formación tropezaba también en él con grandes obstáculos. Para construir espontáneamente, como primera persona, dicha representación o asociación hubiera tenido que poner en juego un esfuerzo propio, equivalente, por lo menos, a la cantidad de gasto psíquico necesario para vencer la energía del estorbo, cohibición o represión. Resulta, pues, que el oyente se ahorra todo este gasto psíquico y su placer corresponde a este ahorro. En la risa, la energía de revestimiento, dedicada a la retención, ha devenido repentinamente superflua, a causa del establecimiento de la representación prohibida, logrado por medio de la percepción auditiva del chiste, quedando removida y dispuesta a descargarse en la risa.

Ambas explicaciones de este proceso corren paralelas, pues el gasto ahorrado corresponde exactamente a la retención devenida superflua. Pero la segunda es más evidente y, además, nos permite decir que el oyente del chiste ríe con la magnitud de energía psíquica que ha quedado en libertad por la remoción de la carga de retención. En otras palabras, el oyente gasta riendo esta magnitud.

La circunstancia de que la persona en la que el chiste se forma no pudiera reír indica que el proceso se verifica en ella de manera diferente a como en la tercera persona; diferencia que podría hallarse en la remoción de la carga de retención o en la posibilidad de descarga de la misma.

El primero de estos dos casos tiene que ser excluido. La carga de retención debe ser removida también en la primera persona; pues sino no hubiera llegado a existir el chiste, cuya formación supone el vencimiento de tal resistencia. No queda, pues, más que el otro caso, o sea que la primera persona no puede reír, aunque siente placer, porque la posibilidad de descarga se halla perturbada. Tal perturbación en la posibilidad de descarga, que constituye una condición de la risa, puede ser producida por el inmediato destino de la energía de revestimiento, libertada a un distinto empleo endopsíquico. Esta posibilidad es importantísima y habremos de dedicarle todo nuestro interés.

En la primera persona del chiste puede hallarse realizada otra condición, que conduce al mismo resultado. A pesar de la conseguida remoción del revestimiento de retención, puede no haber quedado libre una magnitud de energía capaz de exteriorizarse. En la primera persona del chiste se verifica el trabajo de elaboración del mismo, que necesariamente ha de exigir cierta magnitud de gasto psíquico. La primera persona hace, pues, surgir por sí misma la energía que remueve la retención, de lo cual extrae un placer, dado que el placer preliminar, conquistado por la elaboración del chiste, toma a su cargo la restante remoción de la retención. Pero la cuantía del gasto producido por la elaboración del chiste disminuye la ganancia conseguida por dicha remoción. Este gasto es el mismo que tiene lugar en el oyente del chiste.

El chiste pierde también en la tercera persona su efecto hilarante en el momento que necesita un gasto de trabajo intelectual. Las alusiones del chiste tienen que ser evidentes, y el vacío dejado por las omisiones debe poderse colmar con facilidad. El efecto del chiste es regularmente destruido con la aparición del interés intelectual, circunstancia que constituye una importante diferencia entre el chiste y las adivinanzas.

Hemos conseguido esclarecer una parte de nuestro problema: la de por qué ríe la tercera persona mejor que la parte restante, o sea por qué la primera no se ríe.

Si en la tercera persona ha de ser libertada una magnitud de energía de revestimiento capaz de descargar, habrán de cumplirse varias condiciones:

1ª Ha de quedar asegurado que la tercera persona lleva a cabo realmente este gasto de revestimiento.

2ª Se debe evitar que el mismo, una vez libre, halle un empleo distinto en lugar de ofrecerse a la descarga motora.

3ª Será en extremo ventajoso que el revestimiento sea intensificado previamente en la tercera persona.

Al servicio de estas condiciones se hallan determinados medios de la elaboración del chiste, que podemos reunir como técnicas secundarias o auxiliares.

1) La primera de las condiciones señaladas fija una de las cualidades de la tercera persona como oyente del chiste. Tiene éste que coincidir psíquicamente con la primera persona lo bastante para disponer de las mismas retenciones internas que la elaboración del chiste ha vencido en la misma. El individuo acostumbrado a dichos crudamente “verdes” no podrá extraer placer alguno de un ingenioso y sutil chiste desnudador, y las agresiones de N. no serán comprendidas por las personas acostumbradas a dar libre curso a su tendencia al insulto. Cada chiste exige su público especial, y reír de los mismos chistes prueba una amplia coincidencia psíquica.

Esto nos permite ver con mayor precisión las circunstancias del proceso en la tercera persona. Ésta debe poder constituir habitualmente en sí la misma retención que el chiste ha vencido en la primera, de manera que al oír el chiste despierte en ella la disposición a dicha retención. Tal disposición de la retención, que debemos representarnos como un gasto de energía, es reconocida simultáneamente como superflua, y es descargada de este modo *in statu nascendi* por medio de la risa.

2) La segunda condición para el establecimiento de la descarga libre, o sea de que sea evitado un diferente empleo de la energía liberada, parece la más importante. Hallamos en ella la explicación teórica de la inseguridad del efecto del chiste cuando en el oyente son despertadas representaciones fuertemente excitantes por los pensamientos expresados en él; circunstancias en la que de la coincidencia o contradicción entre las tendencias del chiste y la serie de pensamientos que domina al oyente depende que se conceda o niegue atención al proceso chistoso.

Un mayor interés teórico presenta una serie de técnicas auxiliares del chiste, que se hallan al servicio de la intención de apartar la atención del oyente del proceso del chiste y dejar que el mismo se realice automáticamente. Se trata de mantener alejada la sobrecarga de la atención del proceso psíquico.

El chiste se sirve a este fin de los medios siguientes: en primer lugar, tiende a una expresión lo más breve posible, para ofrecer a la atención un mínimo de superficie atacable. En segundo, la condición de ser fácilmente comprensible; pues en cuanto exigiera una labor intelectual, una selección entre diversas rutas mentales, peligraría su efecto, no sólo por el inevitable gasto intelectual, sino también por el despertar de la atención.

Además de estos medios, utiliza el recurso de desviar la atención, ofreciéndole en la expresión del chiste algo que la encadene, mientras se lleva a cabo la liberación del revestimiento impeditivo y su final descarga. Ya las omisiones en la expresión verbal del chiste cumplen con esta intención, incitando a llenar los huecos por ellas producidos y alejando de este modo la atención del proceso del chiste.

Pero aún más eficaces son las formaciones de fachadas que hemos hallado en algunos chistes tendenciosos. Mientras comenzamos a reflexionar en la solución del mismo, nos

vemos dominados por la risa; nuestra atención ha sido vencida por sorpresa, y la descarga del revestimiento que estorba se ha efectuado por completo.

Lo mismo puede decirse de los chistes con fachada cómica, en los cuales la comicidad presta su auxilio a la técnica del chiste. Una fachada cómica favorece en diversos modos el efecto del chiste, no sólo facilitando el automatismo del proceso chistoso por el encadenamiento de la atención, sino contribuyendo a la descarga producto del chiste con la producción de una descarga preliminar, debida a lo cómico. La comicidad actúa aquí a manera de soborno, como el placer preliminar, y de este modo comprendemos que algunos chistes puedan prescindir por completo de dicho placer, que por muy diversos medios podrían hacer surgir, y utilicen tan sólo la comicidad como tal placer preliminar.

Entre las técnicas del chiste propiamente dichas son el desplazamiento y la representación por lo absurdo, las que, a más de sus especiales aptitudes, muestran en mayor parte la desviación de la atención, que ha de favorecer el curso automático del proceso del chiste. (“En Brün”, un modelo de desplazamiento; “Y qué hago yo en M. a las 6,30 de la mañana”).

Con la desviación de la atención se pone al descubierto un rasgo esencial del proceso psíquico en el oyente del chiste. Por su enlace con este descubrimiento quedan aclarados otros extremos. En primer lugar, vemos por qué no sabemos casi nunca en el chiste de qué reímos, aunque después lo podamos precisar analizándolo. Esta risa es el resultado de un proceso automático, que fue hecho posible por el alejamiento de nuestra atención consciente. En segundo lugar, llegamos a la inteligencia de aquella singularidad del chiste, consistente en no manifestar su completo efecto en el oyente más que cuando constituye una novedad y una sorpresa para el mismo. Esta peculiaridad del chiste, que condiciona su corta vida e incita a la continua producción de otros nuevos, se deriva

claramente de que la esencia de toda sorpresa está en no lograrse por segunda vez. Partiendo de aquí llegamos a la comprensión del impulso a contar a otros, que aún no lo conocen, el chiste que acabamos de oír. La impresión que el mismo produce en el nuevo oyente nos compensa en parte de la pérdida de posibilidades de goce que supone su falta de novedad para nosotros.

3) No ya como condiciones del proceso del chiste, pero sí como circunstancias que le favorecen en extremo, indicaré aquellos medios técnicos auxiliares de la elaboración del mismo, que se hallan destinados a elevar la magnitud que llega a la descarga e intensifican de este modo el efecto del chiste. Estos medios auxiliares aumentan también, en la mayoría de los casos, la atención dirigida hacia el chiste; pero, al mismo tiempo, anulan su posible influencia, encadenándola y estorbando su movilidad. En estos dos sentidos actúa todo aquello que despierta interés y produce desconcierto, o sea, ante todo, el disparate, la contradicción y el “contraste de representaciones”. Todo lo desconcertante provoca en el oyente aquel estado de la distribución de la energía denominado “estancamiento psíquico”; la “descarga” será tanto más fuerte cuanto más elevado sea el estancamiento anterior.

La técnica del chiste es determinada, en general, por dos clases de tendencias: aquellas que hacen posible la formación del chiste en la primera persona y aquellas otras que deben procurar al chiste el mayor efecto posible en la tercera. Esta doble faz que posee el chiste, destinada a proteger su primitiva conquista del placer de los ataques de la razón crítica y el mecanismo de placer preliminar, pertenecen a la primera tendencia; la restante complicación de la técnica por las condiciones señaladas en este capítulo surge en función de la tercera persona del chiste.

El chiste sirve al mismo tiempo a dos señores. Todo lo que se dirige a la consecución de placer está calculado en el chiste con vistas a la tercera persona, como si obstáculos

internos insuperables se opusieran a dicha consecución en la primera. Recibimos así la impresión de que la tercera persona es insustituible para la conclusión del proceso del chiste. Pero mientras que en la tercera persona podemos llegar a un satisfactorio conocimiento de dicho proceso, el proceso correspondiente en la primera permanece aún oscuro.

La pregunta ¿Por qué no podemos reír de los chistes de que somos autores? ha escapado hasta ahora a toda solución. Podemos sospechar que entre ambas hay un íntimo enlace, y que si tenemos que comunicar a los demás nuestros chistes es *precisamente por* no poder reír nosotros de ellos. De nuestro conocimiento de las condiciones de la consecución y descarga de placer en la tercera persona pudimos decir, para la primera, que en ella faltan las condiciones para la descarga y sólo existen las necesidades a la consecución de placer, aunque también imperfectamente cumplidas. No puede entonces rechazarse la hipótesis de que completamos nuestro placer alcanzando la risa que, como autores del chiste, nos está velada en la impresión de la tercera persona a la que incitamos a reír. De este modo reímos de *rebote*. La risa pertenece a las manifestaciones más contagiosas de los estados psíquicos. Al hacer reír a otras personas, relatándoles mi chiste, me sirvo realmente de ellas para despertar mi propia risa, y puede, en efecto, observarse que quien primero ha relatado, con gesto grave, el chiste, hace después coro acompañando a las carcajadas de los demás.

La comunicación de mi chiste a los demás, servirá, pues, a varias intenciones: en primer lugar, nos proporcionará la seguridad objetiva del éxito de la elaboración del chiste; en segundo, completará nuestro propio placer por el efecto que de rebote nos produce el del oyente y, por último, compensará la pérdida de placer ocasionada por la desaparición de la novedad.

Una mirada retrospectiva al factor económico. Desde el principio nos hemos apartado de la concepción económica por limitación en el uso de la palabra o en la constitución de cadenas de pensamientos. Decíamos: lo breve, lo lacónico no es aún chistoso. La brevedad del chiste es una brevedad especial; esto es, una brevedad “chistosa”.

La primitiva consecución de placer, que era proporcionada por el juego con palabras y pensamientos, provenía, exclusivamente, del ahorro de gasto; pero con el desarrollo del juego hasta el chiste tuvo también que variar sus fines la tendencia economizante, pues frente al gigantesco gasto de nuestra actividad mental no supondría nada lo que pudiera ahorrarse por el empleo de las mismas palabras o la evitación de una nueva interpolación de pensamientos.

Las economías de gasto de retención, tan pequeñas si se las compara con el gasto psíquico total, serán siempre una fuente de placer para nosotros, porque por ellas se nos ahorra un gasto aislado que estamos acostumbrados a realizar y que en cada caso nos disponemos a llevar a efecto. La circunstancia de sernos conocido el gasto y hallarnos preparados a efectuarlo posee máxima importancia.

Un ahorro localizado no dejará nunca de proporcionarnos un momentáneo placer, pero no producirá jamás una duradera economía mientras lo economizado pueda ser empleado en otro lugar. Sólo cuando este distinto empleo puede ser evitado se transforma de nuevo el ahorro especial en una disminución general del gasto psíquico. Aparece, pues, un nuevo factor: la disminución en lugar de la economía. Vemos claramente que el primero produce una sensación de placer mucho más importante. El proceso crea placer, en la primera persona del chiste, por la remoción de una inhibición y la disminución del gasto local. Mas no parece luego detenerse hasta haber alcanzado, por mediación de la tercera persona interpelada, la reducción general, resultado de la descarga.

Ruy Henríquez

Psicoanalista

Facultad de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid

Ciclo “Lecciones introductorias al psicoanálisis: El chiste y su relación con lo inconsciente”. 25 de febrero de 2009